

## 8. Adiós a Pasajes

El supuesto fracaso del alzamiento en San Sebastián, donde las tropas rebeldes acuarteladas en Loyola se rindieron el 28 de julio, previa negociación con los nacionalistas para evitar más tragedias, no fue sino un espejismo, un retraso de la inevitable inferioridad de los republicanos. Su ejército estaba mal armado y peor ordenado, la insurrección de los rebeldes era militar y, en consecuencia, la mayoría de los mandos estaban con ellos. El tratado de no intervención europeo solo era aplicable a un bando. Mientras Alemania e Italia apoyaban y participaban con los nacionales, los otros países miraban al cielo por temor a que el conflicto se extendiera. La primera guerra mundial no estaba tan lejana y los síntomas de un nuevo conflicto ya eran evidentes, su actitud no lo evitaría. El cierre de las fronteras de Francia con España pretendía aislar el problema, poner puertas al mar, acallar el miedo y la hipocresía, o simplemente posicionarse a favor y en contra.

Media España ardía y en ambos bandos se cometían atrocidades, por temor o por represalia. Las tropas franquistas avanzaban hacia Madrid, que era su objetivo principal, la llave del triunfo.

Una vez tomado Irún y cortada la comunicación de la República con Francia, las tropas rebeldes avanzaron hacia San Sebastián, que ya estaba siendo hostigada desde Oyarzun, Tolosa y Beasain. La heroica resistencia de los republicanos facilitó el repliegue

ordenado hacia el Oeste. El empuje inexorable de las tropas franquistas por el corredor Irún-San Sebastián auguraba la pronta caída de la capital guipuzcoana y, antes, del puerto de Pasajes cuya actividad como astillero, marina mercante y pesquera era vital para los intereses de los contendientes.

Y llegó la orden que todos temían y esperaban: abandonar Pasajes. La Junta de Defensa estableció cuáles barcos debían artillarse, colocando un pequeño cañón o una ametralladora para convertirse en un buque de guerra, y que tendrían como misión escoltar a los mercantes, vigilar la costa o limpiar de minas los puertos. No solo habían invadido Guipúzcoa por tierra, dos buques de guerra rebeldes habían zarpado del Ferrol para bombardear Irún e impedir los suministros desde Francia.

Se dispuso que todas las embarcaciones, incluso las de recreo, iniciaran su traslado a otros puertos más seguros, principalmente Bilbao, llevando material, combustible, bacalao almacenado en la PYSBE y, sobre todo, personas que debían ser evacuadas. En pocas horas, Pasajes volvió a tener una actividad frenética de carga de mercancías y personas, además de afanarse en destrozarse los talleres, astilleros, pesquerías..., de manera que los rebeldes no pudieran aprovechar nada, ni siquiera las redes. Sin embargo, no todos eran republicanos y, bien por ideología o más bien por temor a las represalias tan temidas, muchos vecinos se mantuvieron al margen sin ayudar a dismantelar el puerto, así que Pasajes era un tesoro aún después de que fuera evacuado. Nadie quería repetir el pavoroso incendio que sufrió Irún unos pocos días antes, el olor persistía a una decena de kilómetros.

La suegra de Krispín lloraba, sentada en su silla de la cocina y el marido trataba de consolarla pasando la ruda mano derecha por sus cabellos plateados; encima de la mesa permanecían esparcidas las lentejas que limpiaba, y ahora jugaba con ellas, una a una, sin sentido. No le importaba que llegaran los nacionales, ¡qué va!, eran de los suyos. Lloraba, como casi todo el pueblo, de tristeza, de dolor y de miedo. Intuía que los que se iban arrasarían todo para no dejar nada al enemigo y los que llegaban sembrarían el terror. Hasta hacía unos días todos eran republicanos y ahora parecía que fueran franquistas, mirando amenazantes a cuantos pretendían huir, como si tomaran nota.

Amalia y Krispín se abrazaron con pasión, ella lloraba con espasmos y él quedamente, los suegros eran mudos testigos de su despedida. Habían decidido que Amalia se quedara con sus padres. Era imposible huir con su marido y con un niño de tan solo un mes, ¿a dónde hubieran podido ir? Todo era tan peligroso, desconocido, incierto, solo en su hogar se sentían protegidas... Tampoco tenían noticias de Antxon desde que se incorporó a las milicias republicanas; tal vez formaba parte de los heroicos defensores que retenían a los franquistas a las puertas de Rentería, en Gaintxurizketa, para que los otros pudieran huir, o estaba prisionero en Irún, o...

Dos días antes, Krispín había ido a San Sebastián a entregar los documentos recibidos en Saturrarán y volvió apesadumbrado. Los soldados y funcionarios estaban nerviosos y por boca de unos y otros conoció que los sublevados se acercaban implacables. Había que abandonar Guipúzcoa y refugiarse en Vizcaya, allí se harían fuertes los leales al gobierno republicano.

El mismo día 12 de septiembre, al atardecer, Locuras y Krispín hacían vibrar el Izarra a toda máquina intentando remolcar un viejo barco de vapor atracado en los astilleros; otro buque mayor, artillado, lo empujaba por su popa a modo de remolcador. Era muy pesado, llevaba tiempo abandonado y tenía los bajos cubiertos con algas y mejillones, parecía un galeón ennegrecido. Lograron llevarlo a la bocana del puerto para allí hundirlo y taponar la entrada a la marina nacional.

Ya habían salido toda la flota y los convoyes. Ellos eran los últimos en abandonar Pasajes, atrás no quedaba más que el humo de las pequeñas fogatas de artilugios que no habían podido transportar, y la bahía pintada de verde de las redes que, una vez cortadas, habían largado al mar para entorpecer la navegación al enemigo; así bloqueaban las hélices de sus barcos.

Cuando llegaron a Puntas, a la salida del puerto, maniobraron para dejar el barco de vapor atravesado y, con dos cañonazos a la banda de estribor por debajo de la línea de flotación lograron una gran vía de agua. Primero se escoró. Tardó demasiado en hundirse, tanto que el viento del Oeste lo empujó y varó en la parte Este de la entrada, junto al faro, haciendo inútil la operación de bloqueo. Después del desgraciado fracaso, los dos barcos pusieron rumbo hacia Bilbao cuando ya era de noche.

A las tres de la mañana el Izarra atracaba de nuevo en el puerto de Ondarroa. Unas brigadas de descargadores, con ayuda de grúas, se afanaron en aligerar de peso al barco, apilando los bidones de gasoil y las pesadas cajas de madera que quizás contenían mosquetones. Las cinco personas que les habían acompañado se despidieron efusivas y levantando

el puño izquierdo, a pesar de la derrota y de la dura noche que pasaron en cubierta, tapados con recias mantas de oculta procedencia. Locuras, que había patroneado todo el trayecto, miró a Krispín y, sin mediar palabra, éste asintió con la cabeza. El pesquero volvió a salir a toda máquina en rumbo contrario, hacia el Este. El patrón se tumbó a descansar y su compañero cogió la rueda en dirección a San Sebastián. Sabían que multitud de personas pugnaban en su muelle por subir a cualquier buque que les librara de los represores cuyos pasos de marcha ya se oían llegar.

No habían pasado ni dos meses desde que entraron en la bahía donostiarra a colaborar con los fieles a la República, para derrotar a los insurrectos bombardeando algunos edificios emblemáticos. ¡Cómo había cambiado su mundo! En ese momento se oían vítores y disparos desde la cárcel de Ondarreta, en la parte Oeste de la playa. De nuevo, los vencedores, esta vez nacionales y católicos, liberaban a los suyos de las húmedas y abarrotadas celdas, fusilaban a los carceleros y a empujones las rellenaban con los nuevos perdedores, una vez que habían hecho la criba mediante ejecuciones sumarísimas. Las escenas se repetían también en la prisión del fuerte de Guadalupe y en muchas otras de España.

Habían llegado demasiado tarde. Al asomar por la barra recibieron una andanada de disparos por babor, desde el Aquarium. Los franquistas habían tomado ya la ciudad. La bahía mostraba varias embarcaciones con la panza al aire y otra con la proa saliendo del agua indicando el cielo. Tuvieron que virar con rapidez. Al hacerlo, vieron a un grupo de personas gritando y haciéndoles señas desde la isla Santa Clara, víctimas, quizá, de un naufragio al intentar huir. No

lo dudaron, fueron a su encuentro y, sin atracar, desde el muelle de la isla, saltaron los ocho al pesquero. Uno se accidentó al caer, pero qué era eso comparado con su seguro cautiverio o fusilamiento en el mismo muelle. Unos disparos lejanos alcanzaron al buque, murió uno de los rescatados por una bala en el pecho y el casco de madera recibió varios impactos.

Los supervivientes pertenecían a una popular banda de música, muy conocida por la interpretación cada domingo en el quiosco del Boulevard de San Sebastián del *Himno de Riego*, *La Marsellesa* y el recién compuesto *Eusko Gudariak*. Imposible pasar inadvertidos dada su marcialidad y pasión. Algunos vecinos falangistas les habían denunciado a los primeros requetés que entraron en la ciudad. Erabaki zuten ihesi *Cara al Sol* jo bainoleen.<sup>20</sup>

Enfilaron de nuevo hacia Bilbao. El agua superaba la línea de flotación con peligro para la estabilidad. Locuras ordenó que fueran todos a la bodega para evitar volcar con un golpe de mar. Obedecieron a pesar del hedor y calor que hacía. Esto les salvó de un encontronazo con un acorazado rebelde –hubiera sido mortal– que se cruzó con ellos en sentido contrario, a unas dos millas más al Norte. Aquél había reducido la marcha para comprobar la actividad del pequeño pesquero. Locuras y Krispín hicieron gestos como si estuvieran faenando. Eso y el escaso fondo por la proximidad de la costa disuadieron al enemigo de abordarlos. La navegación era cada día más peligrosa, ya que los rebeldes habían enviado al crucero Canarias, al acorazado España y al destructor Velasco desde El Ferrol a reventar la costa guipuzcoana e impedir el tráfico con Francia.

---

20 Decidieron escapar antes de tocar el *Cara al Sol*.